



La próxima, otra utopía narrada de Vicente Huidobro

Paco Tovar

Universitat de Lleida

Cuentan que Vicente Huidobro, residiendo en el París de entreguerras, exhibió claras simpatías políticas, llegando a formalizar su militancia en el Partido Comunista. Rumores hay de pronto desacuerdos entre el escritor y el grupo, atribuyendo esas disidencias a una simple anécdota: la negativa del autor a convertirse en maestro de doctrina en una cédula de zapateros. Revisando los testimonios biográficos del mismo Huidobro, su aproximación a las teorías del comunismo remite a 1917, año en que manejó por primera vez los textos de un ideario que le reclamaba afinidades; el posterior distanciamiento responde mejor a la aplicación práctica de una lección mal aprendida, sometiendo a crítica unos resultados que merecen tratamiento irónico:

...el comunista es el hombre más noble y más elevado del concepto sociológico humano, es lección mal aprendida, sometiendo a crítica unos resultados que merecen tratamiento irónico: el más aristocrático de los hombres, pues el comunista verdadero no quiere explotar el mundo para sí, como todos los egoístas, sino por el bien de todos, lo que nos prueba su generosidad. ⁽¹⁰¹⁶⁾

Está claro que Huidobro no traiciona los fundamentos de un proyecto común ni evade compromisos a la hora de realizarlo; únicamente trata de poner las cosas en su sitio, [602] acusando intereses de clase y francas demagogias. Otra vez se planta ante quienes forman parte de una nobleza intelectual inoperante, renunciando a las ventajas de poseer el vientre que engalana los cuerpos de sanas burguesías. Cabe proclamar a gritos no comprender al individuo que, estudiando profundamente la sociedad actual, no sea comunista; tampoco se entienda al sujeto que, tras estudiar con

seriedad el comunismo, no sea anarquista⁽¹⁰¹⁷⁾. Los armónicos huidobrianos con el espíritu libertario traen consigo oportunas clasificaciones, determinados criterios selectivos y sólidas referencias autorizadas:

Hay sólo dos tipos de hombres: el aventurero u hombre superior y el contentadizo u hombre inferior.

El primero no se contenta con lo que le han enseñado y ha recibido en herencia de sus antecedentes: Quiere saber más y quiere ir más lejos, conocer otras cosas.

El segundo es fácil de contentar, está satisfecho con lo que le enseñaron de niño, no tiene inquietudes, no desea más.

El aventurero se divide, a su vez, en dos clases: el aventurero teórico y el aventurero práctico, o sea, el aventurero estático y el dinámico.

Aventureros teóricos o estáticos son los hombres de pensamiento que se lanzan en aventuras espirituales y cerebrales, a descubrimientos científicos y artísticos. Tales son Galileo, Copérnico, Newton, Pasteur, Lamark, Einstein, Shakespeare, Góngora, Rimbaud, Cézanne y tantos otros.

Aventureros prácticos o dinámicos son aquellos que se lanzan a descubrir tierras y conquistar países, a guerrear, etc. Tales son Colón, el Cid, Hernán Cortés, Alejandro, César, Napoleón, Livingstone, Cook, Magallanes, Shackleton, Amundsen, etc.⁽¹⁰¹⁸⁾

También en Europa, y durante el paréntesis bélico, Vicente Huidobro detecta la farsa de una escenografía que únicamente ha cambiado de apariencias. Superada la anterior Gran Guerra, con sus juegos de alta estrategia militar, sus inevitables gestos de urgencia y sus macabras danzas de muerte, el mundo contemporáneo aún no ha resuelto viejos conflictos: los ha vuelto a desplazar al marco de un cuadro costumbrista, con sus impecables ejercicios diplomáticos, sus lujosos bailes carnavalescos y sus atractivas escenas melodramáticas. En el aire flota una despreocupación violenta que anuncia nuevos vientos de tragedia:

...sobrecogido por el tema de la guerra que presentía avecinarse, Vicente se empeñó en que un grupo de amigos nos trasladáramos a ver los toros desde la barrera africana de Angola. Recogió información en el consulado portugués, leyó libros y durante no pocas [603] semanas estuvo machacándonos con el proyecto. Nadie se dejó seducir [...]. Se marchitó el proyecto. Pero en cambio, el poeta vertió su emoción en las páginas de *La próxima*.⁽¹⁰¹⁹⁾

Contemplando este segundo dato personal, bien puede responder al carácter histriónico de Huidobro, cuando no a su condición de oportunista, de

soberbio y hasta de ridículo, aunque ese mismo detalle muestre la capacidad de observación, la inteligencia y la habilidad literaria de un personaje que, sin violentar las leyes de la naturaleza ni ignorar las reglas del artificio, desea seguir viviendo *intensamente, arriesgándolo todo a cada instante*; que, seguro de sus actos, continúa saltando *como un acróbata sin vértigo del trapecio-poesía al trapecio-amor*; que, con su obra, persigue ser original, sin extrañar por ello antecedentes valiosos; y que se identifica plenamente con sus imágenes, ofreciendo las visiones de la historia en su adecuada representación simbólica. Sea como fuere, el resultado final no admite comparaciones fuera de los límites que se acotan.

El escritor da una vuelta más a su particular caleidoscopio, descubriendo en el trasluz del juguete la exacta composición misteriosa de un vitral que encaja las piezas en lógica forma sorprendente. *La próxima* se convierte así en instrumento que entretiene y en espacio de reflexión, también de debate, siempre atentos a problemas de estructura y cuestiones de pensamiento. Huidobro, sin olvidar que es fundamentalmente un poeta, decide usar los recursos de la narración para exponer de nuevo la voz *del pájaro ebrio de su propia alma* y repetir los aciertos de una novela que guarda memoria de sus orígenes quijotescos⁽¹⁰²⁰⁾.

Primeras marcas

La próxima se inicia con una dedicatoria. Pocas líneas ocupa Huidobro para brindar el libro a dos contemporáneos que considera ejemplo de auténtica heroicidad y ayudan a [604] comprender lo que ha de exponerse en el desarrollo de la novela. Al amparo de Karl Liebknecht y Romain Rolland se justifica un hecho literario que proclama a gritos la necesidad común de seguir el ejemplo que se cita y entender ineludibles compromisos⁽¹⁰²¹⁾.

Ese primer fragmento de la narración recuerda las palabras dirigidas al duque de Béjar, localizadas al frente del relato cervantino donde se cuenta las razonables locuras de un caballero anacrónico. El obligado respeto a un superior, impuesto por la retórica laudatoria al uso, ha de salvar la ficción de quienes *no conteniéndose en los límites de su ignorancia suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos*. El autor se reserva todo el derecho a la práctica de sus *buenas artes*, buscando registros nobles y huyendo de *granjerías*.

Huidobro añade un prólogo a su novela, echando mano de una copia epistolar cuyo original se supone dirigió al amigo que tanto ayudó a lograr el último objetivo del remitente. La carta, distanciada en el tiempo, establece

fechas de redacción a unas páginas que se elaboran en un lugar amable del paisaje europeo, dando cuenta de una tarea que declara ser el resultado de un juego dialéctico, pretende llegar a su destino y reconoce al mensajero.

Otra vez la sombra de Cervantes. Con similar propósito, el castellano elabora una presentación apelando al desocupado lector, complicándolo en un revelador ejercicio de ingenio y reconociendo a priori que su esfuerzo, aunque divertido, comprende deseos, fracasos y condicionamientos. Sin contravenir el orden natural, donde cada cosa *engendra su semejante*, la novela responderá a la personalidad del escritor, localizándose este en el marco donde cumple sus trabajos. Preocupado por el resultado último de la labor que se expone, el prologuista consiente en otorgar derechos de señorío al visitante que se instala en su casa.

Un exordio se adelanta en *La próxima*. De nuevo cuentan las circunstancias que afectan al sujeto en el mundo contemporáneo, dedicando el relato a toda persona que comulgue con las ideas y los propósitos del autor. Se cierra así el círculo de iniciación, completando un sistema de fuerzas que han de mantenerse en perfecto equilibrio. El problema de tensiones que Huidobro plantea en su novela tiene dos soluciones: una conduce a la *catástrofe total*; la otra, *dependerá de la cordura de los hombres*.

El equivalente quijotesco despeja su incógnita usando el comodín de la verosimilitud. Los elementos que, desde fuera, dan réplica a las presiones internas surgen de registros literarios afines, destaca la intervención de pares y reconocen justas virtudes. Cervantes confirma un proyecto que no sólo es efectivo sino que habrá de servir a tantos artilugios futuros de verdadera imaginación⁽¹⁰²²⁾. [605]

Que cada cual siga su camino

Ya en materia novelesca, *La próxima* recoge toda la herencia del realismo sin abandonar los principios que rigen el proceso creador, tantas veces espiados, enunciados y puestos en práctica por Huidobro. Sobre una base esquemática tradicional, y usando los recursos estilísticos propios de la narración, el escritor llega a mostrar los *problemas globales de la época*, pero también insiste en exponer un debate particular mediante una interlocución que requiere la lectura cuidadosa del texto⁽¹⁰²³⁾. Junto a propósitos de objetividad, de conocimiento sociológico, de conciencia subjetiva y de esfuerzo estético, la pieza aborda la realidad, ofreciendo las visiones del iluminado, los compromisos del guía y la responsabilidad del poeta. La próxima se mueve entre la verdad del documento histórico y la del individuo;

entre la certeza de los datos y la certidumbre de los indicios; entre el oficio autoritario de la escritura y el rito autorizado del oficiante. Puestos a contemplar paralelismos, Cervantes manifestaba sus deseos de salir con *todos sus años auestas*; Huidobro resuelve contar su experiencia. Uno, con lúcida ironía, justifica las páginas que ha compuesto, acusándolas de *leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina*; el otro, con serio laconismo, excusa obviedades, enseñando sólo los resultados: al fin y al cabo, *el que debe comprender, comprende. Ya es bueno que el lector corriente deje de ser corriente*; ambos, instalados en el presente, saben del pasado, manejan la inteligencia, defienden criterios y llevan a cabo sus empresas con apreciables logros. No obstante, aun coincidiendo en lo fundamental, cada cual sigue su camino.

Parte *La próxima* de una noticia: han llegado al puerto de Marsella algunos integrantes de la expedición que, en su día, inició una aventura angoleña. Se trata del cuarto viaje de regreso, habiéndose cerrado varias etapas de un proyecto fundacional con objetivos de talante salvador. Considerada inicialmente utópica, y producto de la mente de un loco, la empresa ha llegado a tomar dimensiones concretas dignas de tener en cuenta y de reclamar la curiosidad del mundo civilizado. Es oportuno presentar al protagonista de la historia, a quienes lo siguieron desde la concepción de la idea y al resto del grupo que, más tarde y por diferentes causas, decidieron acompañar a los anteriores en su peregrinaje [606] a tierras de ciertas promesas, ocupándose allí en labores de diseño, de organización y de mantenimiento⁽¹⁰²⁴⁾.

El cronista, usando las fórmulas coloniales de relación, declara al concluir su trabajo que los hechos, y la grandeza de las figuras, supera con creces sus testimonios. El gesto del autor no sólo se adelanta a seguras críticas, sino que advierte de posibles engaños, acusando carencias de oficio:

(¡Ah mi querido Roc, cómo despedazarías estas páginas si las leyeras! A través de ellas tu obra resulta empequeñecida, resulta de un ridículo, de una ingenuidad sólo comparable a Buda o a Cristo.

Desde aquí oigo tu voz: «Maldito autor, pretendes escribir con estilo impersonal y sólo logras aparecer tan banal como el más mediocre periodista»⁽¹⁰²⁵⁾).

Este primer capítulo de *La próxima* no transgrede las normas del quehacer historicista, pero sí guarda distancia de los objetivos que ha de perseguir cualquier historiador: enmascara rasgos del escritor, viola el orden temporal de la acción y revela tonos proféticos. Una mayor atención al texto permite identificar a Huidobro con su héroe, Alfredo Roc; a ambos con su complementario de ficción, Baltazar Doriente; al interlocutor entrañable del primero en la realidad, Roberto Suárez, con su trasunto en el relato, Alberto

Durén; a todos, mediante acuerdos compartidos, con sus elegidos; y al conjunto con la completa representación narrativa de una aventura diferente. Sea como fuere, es esta última lo que importa, y en ella se plantan unas referencias que adquieren sentido en la medida en que, sin olvidar sus orígenes, forman parte de un universo literario al margen del mundo exterior⁽¹⁰²⁶⁾. [607]

Superada la fase de información básica, relativa a la descripción y la enumeración físicas, se abordan en *La próxima* las creencias y asuntos de razón, dos maneras de conocimiento que se complementan. Una responde a cuestiones de sentimiento religioso, contemplando su raíz primitiva; la otra da réplica a problemas filosóficos, observando una amplia formación intelectual; ambas forman parte de un sistema de relaciones que no se sitúa en cátedras oficiales ni se ajusta a formalismos. El relajado juego social detecta paralelismos entre determinada concepción cosmogónica del universo, rastreada en los pueblos indígenas africanos, y su atractiva consideración en el orden civilizado occidental. Las diferencias en el plano antropológico acuerdan la práctica de una conciencia que se manifiesta en forma conveniente. Salvando discrepancias, la vieja cosmogonía, aún viva en la memoria del último sabio africano, no deja de ser un extraordinario poema:

...es algo que abre la cabeza y dilata el pecho. Y cuánto más justa me parece que la teoría de Laplace: Nunca me han convencido esas como nebulosas de gases que se van condensando. En realidad lo natural es que una nebulosa de gas en el espacio se deshaga, se diluya, se disuelva. En todo caso, Roc, la teoría de tus negros es más hermosa y *se non è vero è ben trovato*.

-¿Por qué no será verdad? Si está bien encontrada es porque puede ser verdadera.

-Eso de dar a los astros una especie de categoría de seres vivos me gusta. Muchas veces he pensado que nosotros no somos sino microbios en las venas de un gigante. La Tierra sería algo así como una gota de sangre o una partícula que se mueve adentro de esas venas. Lo mismo el Sol y todos los astros. ¡Cuántos millones de microbios hay en una gota de sangre o en una gota de agua! Y piensa que para ellos, cuando miran hacia otra gota vecina, las distancias son inconmensurables, lo mismo que para nosotros cuando miramos hacia los astros del cielo.⁽¹⁰²⁷⁾ [608]

Al hilo de la conversación, el protagonista de *La próxima* se relaciona con sus contertulios; y todos recuerdan alguna idea de Huidobro, o citan fragmentos de sus poemas⁽¹⁰²⁸⁾.

Si el novelista sólo hubiera reservado el capítulo a divagaciones teóricas habría dañado la pieza. Evadirá esa falla añadiendo de inmediato nuevas de Angola, ofreciendo el perfil de Roc y dando más detalles de la aventura. Medio en serio medio en broma, todo el discurrir del capítulo sucede en un

espacio mínimo y en un aparte temporal, rotos al anunciarse que se ha cumplido la profecía, comenzando la tragedia en París y provocando el caos rabioso en provincias:

La noticia había cundido por la ciudad como llevada por el viento. Todas las calles estaban llenas de gentes, toda Marsella estaba llena de la terrible noticia. Marsella estaba pálida, Marsella estaba roja, Marsella callaba, Marsella vociferaba, Marsella empuñaba las manos de la venganza, alzándolas al aire y dos grandes lágrimas rodaban de sus ojos.

Llegó el Apocalipsis con un cielo de rayos y de muertes. Llegó la noche de la gran catástrofe. El principio del fin. ⁽¹⁰²⁹⁾

Era cierto lo que voceaba un loco; no era arbitraria la utopía; no se criticaba la energía y los recursos aplicados a su realización; no había sido inútil el peregrinaje; y hasta se comentaba la suerte de los viajeros.

Un impulso desconocido conduce a los expedicionarios hacia el lugar de los hechos, contemplando con sorpresa que el paisaje urbano se conserva intacto. Nada ha cambiado, salvo el vacío que han dejado los cadáveres dispersos. Todo un capítulo reserva Huidobro para describir la impresión de un espectáculo incomparable, mostrándolo en sus mínimos detalles imaginados. La escena se impregna de nostalgia por un pasado irrecuperable, por tantas seguras ausencias y porque se ha perdido una sólida referencia emblemática. A occidente le han extirpado el corazón del pecho; le han disecado el lóbulo superior del cerebro; lo han dejado inerme, de cuerpo presente. Resta como anuncio estático del *fin de la civilización*, como muestra de destrucción y muerte universales. No obstante, todavía queda una esperanza mínima depositada en un trabajo que ahora se revela de titanes ⁽¹⁰³⁰⁾. [609]

La visión del París huidobriano recuerda en parte aquel cementerio madrileño descubierto por Larra en uno de sus artículos, abriéndole al imaginario romántico una puerta de escape hacia el futuro. Antes de atravesar el dintel cabe reflexionar sobre la condición humana, moldeada con materiales defectuosos:

El hombre es un monstruo de la naturaleza, mejor dicho, es una monstruosidad de la naturaleza; el hombre presiente y siente su posición monstruosa en medio del mundo y trata de evadirse por la inteligencia cuando es precisamente la inteligencia la que le confiere esa posición falsa; en su afán de evadirse empieza a trabajar con el cerebro, empieza a crear, empieza a singularizarse, es decir, a hacerse cada vez más monstruoso; de este conflicto, de esta contradicción nace la angustia del monstruo, y nosotros, en vez de gritar: «Muera la inteligencia», aplaudimos los resultados de esa monstruosidad; el verdadero profeta de un porvenir más feliz sería aquel que lograra destruir la inteligencia, que

hiciera desaparecer la situación de monstruoso que el hombre ocupa en la naturaleza y lo colocara en un estado menos termítico, y cómo nos revelaríamos todos contra semejante hombre, cómo lapidaríamos a semejante profeta; estamos habituados al pensamiento, estamos envanecidos por la inteligencia y ya no podemos concebir una vida sin ella; hemos hecho una voluptuosidad de las torturas del pensamiento.⁽¹⁰³¹⁾

Como en determinadas películas de factoría norteamericana, deudas de la literatura teatral y de la novela, el hombre se mata por miedo a la muerte, siendo esta última y el sexo los resortes que mueven la maquinaria de la vida. No basta afirmar que esta última se parece al cine, al teatro o a la invención narrativa, cuando debiera ser lo contrario para resolver el engaño de un tópico. Ese ligero cambio de orden en la frase otorga prioridad a los originales, evitando que las obras traicionen las leyes naturales que han de regirlas y tomando valor de nuevas experiencias creadoras.

Lo anterior no excluye aceptar la evidencia de los ciclos. El desarrollo de la historia demuestra que ésta va cumpliendo etapas y acumulando estratos. Repasando la lección, quizás no hay remedio para la plantilla civilizadora europea, condenada

...a desaparecer como desaparecieron la civilización china, la civilización asiria, la civilización egipcia, la de Babilonia, la incaica, la de los mayas, la de los aztecas. Acaso el mundo va a caer ahora en una anarquía total durante un largo periodo de años y luego se impondrá un orden social nuevo, más verdadero, más justo. Acaso es necesario la muerte de toda la sociedad actual, acaso.⁽¹⁰³²⁾

Apearse del carro, huyendo responsabilidades, sería un error imperdonable. Hay que mantenerse dentro, sosteniendo la dirección del vehículo que sigue plantado sobre la [610] superficie de la tierra. Huidobro marca así el pulso de su novela, ahora en París, con plena conciencia y a ritmo intenso.

La magnitud del acontecimiento rebasa cualquier semejanza con anteriores calamidades. La profecía se ha realizado, castigando a ciudades enteras. La gente pacífica únicamente podrá salvarse si dirige sus pasos a las islas de los *mares lejanos* o a los *desiertos escondidos*; los indecisos o lastrados habrán de atenerse a las consecuencias. El Dictador Invisible se hace cargo del caos, dominando la situación por un periodo que no podría determinarse, durante el cual la política y la guerra mantendrán su identidad.

De inmediato, *La próxima* sitúa en primer plano cuestiones ideológicas y proyectos de futuro. Huidobro guía el relato hacia vías revolucionarias de salvación que coinciden en su origen, persiguiendo objetivos semejantes y manifiestas diferencias de método. Un camino, favorable a la aplicación social del materialismo histórico, lleva hacia la doctrina comunista; el otro, más

selectivo, se justifica con ideas libertarias de acento conservador. Los respectivos defensores serán Silverio Roc y su padre, ambos firmes en sus argumentos, aunque eluden la violencia, demostrándose mutuo respeto. Se repite una lucha generacional que dispone de recursos incruentos para solucionar sus problemas:

-Para nosotros lo más importante es producir para dar bienestar a todos los hombres.

-Pero en el momento de la lucha, en el momento del cambio de vida social, podéis conducir la humanidad a la muerte y a la barbarie.

-La lucha contra el imperialismo opresor, la lucha contra la explotación que ejercen unos cuantos hombres sobre millones de hombres, es una lucha santa. Sois vosotros los que conduciríais a la humanidad a la barbarie. Vuestro falso principio social, viejo y podrido, es el que va derecho a convertirse en sepulcro de la civilización. Felizmente que apareció en el mundo la única idea que puede salvar y salvará a la humanidad.

-Eres demasiado optimista, hijo mío.

-Eres un romántico ingenuo, pobre padre, retardado en cien años.⁽¹⁰³³⁾

Una visión responde al impulso de la juventud, descubriendo con descaro impaciencias y amplia solidaridad; la del adulto, con sangre efervescente, revela experiencia, matizados rasgos paternalistas y cierto sentido de solidaridad con acentos coloniales. Cada cual, sin exclusiones pasivas, jugará sus cartas, poniéndolas sobre el tapete:

Y no hay nadie que no tenga su rol. Nadie deja de obedecer a la ley tácita de la voluntad histórica. El que se opone a toda aventura, que tiene miedo de todo paso adelante, que retrocede ante toda evolución, sin que él lo sepa, también sirve al progreso del mundo. Ése, como el escéptico, como el inerte, como el peso muerto, tiene su rol de freno y también su rol de excitación del fuego pasional del otro, del que quiere [611] correr, saltar todos los obstáculos; excitador aunque sólo sea por reacción, aunque sólo sea por el frote de los contrastes. También contribuirá sin saberlo a iluminar el incendio o a crear el mundo nuevo.

No hay ninguna fuerza perdida, no hay ninguna inercia inerte. El mundo progresa de abajo hacia arriba y a la larga nada puede oponerse a este progreso. Ni aún las más horribles catástrofes.⁽¹⁰³⁴⁾

Mejor tener dos bazas que una. No importa que pocos sigan al padre y muchos sigan al hijo, aunque queden demasiados con los brazos cruzados, esperando los *acontecimientos que no tardarán en venir*.

Las anteriores apreciaciones se desarrollan en dos capítulos diferentes, separados entre sí por una digresión parentética donde se sigue el rastro de uno de los personajes secundarios de la novela en su desplazamiento a

Bruselas. El viaje lo propone el interesado en París, con la excusa de comprobar la situación de su familia, aunque en realidad, el motivo profundo de esa visita tiende a consolidar la magnitud de la tragedia, acumulando información y aumentando la credibilidad de la narración. La capital belga, como la francesa, no ha sufrido daños materiales; sólo sus habitantes se han visto afectados en su cordura. Será el lector, a instancias del autor, quien habrá de imaginar lo que contempla el personaje. Destaca la brevedad del fragmento, si se compara con el que se ocupa del testimonio parisino; tampoco se esconde la intervención del azar en la vida y en la narración:

...Había habido un ataque aéreo a Bruselas y arrojado sobre la ciudad un gas especial que había enloquecido a toda la población. Figuraos el espectáculo de una ciudad de locos, figuraos un manicomio suelto por las calles. Sería largo y difícil describirlo. Supongo al lector con suficiente imaginación para adivinar las curiosas, las maravillosas escenas que debían verse por todas partes y a cada instante y paso.

[...]

Como sucede a menudo, y como era necesario que sucediera en este caso, para ayudar también al autor, la casualidad vino a favorecer a nuestros amigos después de nueve días de encierro.⁽¹⁰³⁵⁾

La próxima entra en una nueva fase que se inicia embarcando definitivamente a los expedicionarios rumbo a Angola. Atrás queda el pasado, dejando flecos de memoria en bolsas de presión. El paraíso angoleño espera acabar de modelarse efectuando cambios en su perfil inicial. El ajuste no deja de plantear problemas: se duda entre continuar el progreso sin romper el hilo o renunciar a las ventajas del mundo civilizado, reiniciando el [612] proceso mecánico desde el punto cero, sólo con la fuerza de los brazos y el ejercicio de la inteligencia. El conflicto tensa las cuerdas en favor de la opción conservadora, siempre que se controlen falsas idolatrías maquinistas, y en dirección al retorno de los principios naturales, destruyendo todos los artilugios suplementarios. La solución al problema toma rasgos salomónicos y acepta ejercicios democráticos: los inventos útiles, facturados desde Europa en su momento, se tendrán bajo custodia en espera de aplicarles la sentencia definitiva. Mientras tanto, las tareas artesanales serán las que mantengan el orden cotidiano. Este último comprenderá actos, pensamientos y obras de un nuevo mundo normalizado donde la antigua fábula de Noé, con su barca, se ha transformado en el viejo cuento del flautista, con su montaña. La trampa se instala en la tierra prometida, volviendo a confundir la decisión política con las acciones de guerra. El destino de la empresa angoleña ya está marcado, revelándose en los sueños de Alfredo Roc. Una de esas visiones significativas ocupará todo un capítulo de la novela, recordando la voz del profeta Ezequiel, la alegoría circular de la historia y las lecciones huidobrianas del creacionismo⁽¹⁰³⁶⁾. En ocasiones satisfecho, Huidobro sabe que no bastan sus propósitos y llega a preguntar de nuevo qué han hecho de él, por qué lo han

conducido a otra parte, la causa de haber sido abandonado con su pesadilla. Conoce las respuestas de antemano y las resume: es imposible mantener un *perfecto equilibrio*, siempre surge la pugna entre dos bandos y nunca habrá medios de saber las *reacciones de la sustancia sobre la cual trabajamos*, porque somos *ciegos entre ciegos*. Es hora de concebir otra aventura: *constituir una secta oculta de iniciados que se transmitan la gran tradición*.

El cúmulo de reflexiones da paso a una conversación relajada, manejándose temas diversos de común interés y propios argumentos. El discurso se interrumpe con un suceso: la montaña que guarda las máquinas ha estallado como un volcán, alzándose en llamas y desplomando el techo encendido del museo subterráneo como un *libro abierto*. Se ha roto en Angola la cadena de la civilización.

Y se oyó la voz de Roc que parecía aullar al infinito.

-Rusia. Rusia, mi hijo tenía la razón.

Rusia, la única esperanza. ⁽¹⁰³⁷⁾

...Y al final me dabas la razón

Es Huidobro quien, en el prólogo epistolar de *La próxima*, recuerda a Roberto Suárez haberle oído decir que el libro, *con su diálogo anónimo y colectivo*, no alcanzaría a entenderlo un público poco habituado a determinados modos de escritura que el novelista ya emplea *desde hace más de quince años*; tampoco entendería el lector los *delirios* del [613] protagonista en las calles de París. La confesión de esos detalles extraídos de la memoria deja de ser una anécdota para reconocer que la obra comprende en esencia una de las características fundamentales del creacionismo, remitiendo a los orígenes de una tarea literaria que empezaba a liberarse de prejuicios alrededor de 1914, año en que Vicente Huidobro fecha su emblemático *Non Serviam* y publica *Pasando y pasando*, páginas de claro talante autobiográfico ⁽¹⁰³⁸⁾.

Mencionar estas referencias no significa admitir que el autor pretende mantener con sus obras un pulso contra la historia; mejor sería aceptar que juega con ella razonablemente, acompañándola hasta las últimas consecuencias, sin violentar nunca las leyes naturales de un proceso testimonial donde cuenta toda la experiencia del hombre en su continua evolución ⁽¹⁰³⁹⁾. *La próxima* confirmará la renovación formal de la novela contemporánea, pero también es el resultado de una conciencia poética, exponiéndose esta como experimento psíquico, especulación científico-filosófica y actual rito antiguo. Así se plantea un nuevo modelo de universo.

Bajo esa perspectiva, el quehacer narrativo huidobriano, en general, y el que se ofrece en *La próxima*, se mueve al ritmo de su tiempo y no transgrede las marcas de una prosa vanguardista:

...Nos pone en contacto con la audacia de una aventura interior que aparece como culminación del proceso creativo. Los estados de conciencia que expresa la nueva literatura serán vistos, sin duda, como *psicóticos* o *geniales*, de acuerdo con el enfoque y evaluación de quien los contempla. Pero no se podrá ignorar su existencia, y el carácter de necesidad que imponen a la expresión, a la composición y a toda la actitud ante el [614] instrumento literario. Sobrepasando los márgenes del poema desnudo, el escritor de vanguardia aborda con intrepidez la mezcla genérica que hace posible no sólo la presentación de unas imágenes (poesía) sino la inflexión crítica sobre su propia experiencia (ensayo), el enmarcamiento existencial de su personal aventura canalizada en hipóstasis diversas (novela) y aun la presentación directa de escenas teatrales, y los esbozos de teorías literarias y elementos críticos sobre la propia obra. Su actitud gnoseológica, filosófica y expresiva la distancia del realismo testimonial de lo euclidiano, de la lógica aristotélica y de las convenciones literarias.⁽¹⁰⁴⁰⁾

Así las cosas, Vicente Huidobro no hace más, pero tampoco menos, que hablar de sus ideas como cree oportuno, repitiéndolas otra vez, sin negar antecedentes valiosos, «un imperativo moral y una obligación contraída con el destino de una humanidad que se debate en medio de las guerras mundiales»⁽¹⁰⁴¹⁾. Quizás se engañan los que acusan al escritor de haber fracasado en sus esfuerzos creativos, equivocando las fórmulas de un compuesto que, anunciándose mágico, no llega a ser sino elixir de rebotica; probablemente se equivocan quienes lo tratan de soberbio, negándole el derecho a exhibir su razonable orgullo, obligándolo a proclamarse sincero; casi es seguro que el individuo, con su cerebro de poeta, e instalado al borde de su angustia, es consecuente con sus arriesgados juegos de equilibrio. Frente a las marcas de locura, cabe preguntarse: «¿Cuántas cosas grandes han empezado siendo el sueño de un loco? ¡Cuántas cosas ayer absurdas son hoy realidades tangibles!»⁽¹⁰⁴²⁾. Al fin y al cabo, lo que cuenta en cada momento, y se dice en *La próxima*, es que al final tiene razón Vicente Roc Doriente.

△

Sentado en alguna galaxia, se ríe de quienes lo nombran. Desde arriba dirá, seguramente, ¿qué pasa en mi país? ¿será su geografía o el silencio de sus volcanes?⁽¹⁰⁴³⁾

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

